

aforme ignora el *ars amandi* de Ovidio y nada conoce de los sentimientos de la mujer.

El capitán por el contrario los conocía perfectamente, sabía que el amor propio es el lado flaco del eterno femenino de que nos habla Goethe, y no rehusó aquella estrategia, que consideraba arma de gran alcance.

El efecto fué, como presumíamos, inmediato. Quedóse la marquesa sorprendida al ver alejarse tan fácilmente á Carlos Latorre, que poco antes se entregaba como esclavo de su hermosura. Descubrimos en ella lo que habíamos ignorado hasta entonces, descubrimos agitación é impaciencia mal contenidas, y cuando el capitán de húsares al reanudar la orquesta sus acordes se lanzó con su nueva pareja al centro del salón, un despecho casi rayano del odio encendió las hasta entonces pálidas mejillas de Concha. El abanico, una preciosidad de nácar, oro y plumas de cisne, quedó roto entre sus crispados dedos. No perdimos un solo detalle, porque la marquesa aquella vez permaneció sentada rechazando todas las invitaciones. Carlos Latorre dejó su pareja al concluir el baile, y dirigió una mirada al sitio que ocupaba Concha.

Esta, entonces, ruborizóse y contestó á los ojos del español con una sonrisa llena de impaciencia, con otro mirar lleno de fuego.

—¡Hurra por el capitán español!—exclamamos nosotros al ver que el terrible seductor triunfaba en toda la línea.

En aquel momento, y cuando Carlos atravesaba el salón ebrio de gozo para recoger el fruto de su victoria, para escuchar de aquellos labios, que amorosos le sonreían, un *sí* que estaban impacientes de pronunciar, apareció el marqués de la Resolución, que salía del gabinete de juego, sonriendo como siempre, tranquilo y satisfecho.

Acercóse al español, como quien de improviso se encuentra con un antiguo conocido, tendióle la mano, que el húsar vaciló un momento en estrechar, como si no recordase aquellas facciones; pero el marqués pronunció una palabra y sucedió una cosa extraña. Aquellos dos hombres se reunieron con gran fuerza, como pueden reunirse dos hermanos ó dos enemigos, y ambos salieron del brazo perdiéndose á nuestra vista, hacia el vestíbulo.

La marquesa se quedó como nosotros sorprendida por reconocimiento tan casual verificado entre su marido y el que supo arrancar de sus labios la primera sonrisa del amor criminal.

El baile continuó sin que reapareciesen nuestros dos personajes, hasta que á última hora regresó el viejo marqués de la Resolución y como todas las noches ofreció el brazo á su mujer, despidióse de las damas que con ella estaban y se retiraron los cónyuges, sin que el capitán hubiese podido estar allí para ver no sólo la sonrisa de Concha sino la eterna sonrisa del confiado hidalgo, cuyas canas y cuya amistad al parecer trataba de deshonorar infiltrando en la marquesa el virus del adulterio.

\*\*\*

—Lo que pasó después,—continuó diciendo Téllez,—ha llegado á mi noticia por un criado de la casa del marqués.

Al día siguiente del baile, aun no se había levantado la marquesa cuando la doncella penetró en su alcoba entregando una carta que para ella y por el correo interior se acababa de recibir con las dos notas de *Reservado* y *Urgente*.

Rompió la hermosa el misterioso sobre y dentro de él encontró una hoja de papel vitela en que una letra de mano desconocida había escrito lo siguiente:

EL CAPITÁN ESPAÑOL CARLOS LATORRE

*San Marcos, 3, 3.º*

La marquesa quedóse sorprendida. ¿Qué significaba aquello? Tenían aquel nombre y aquellas señas todas las apariencias de una cita, pero hecha de tal modo, en concisión tan ofensiva, que hería su dignidad en alto grado. ¿Cómo? ¿Una mirada, una sonrisa, bastaban para que el atrevido joven, igualándola con la mujer de más baja clase, creyese inútil usar de otros requisitos y natural enviar á la noble marquesa las señas de su domicilio?



UN RATO DE CONVERSACIÓN, cuadro de E. Rau

¿Qué concepto, qué idea tenía formada aquel hombre de las mujeres? Rompió con ira el lacónico escrito y enjugó una lágrima de despecho que asomaba á sus ojos. Durante todo el día estuvo preocupada por este suceso.

Al siguiente y á la misma hora se repitió el envío de la carta misteriosa. Bajo igual sobre y en el mismo papel volvió á leer la marquesa las dos líneas que la ofendían:

EL CAPITÁN ESPAÑOL CARLOS LATORRE

*San Marcos, 3, 3.º*

Y todas las mañanas su despertar era el mismo. Llegó á odiar al que había amado un momento. Llegó á pensar en una venganza como reparación de aquel insulto cotidiano.

Mas á medida que el tiempo pasaba, su resentimiento fué amortiguándose, para hacer plaza á un deseo vagamente concebido en un principio, después idea fija que la perseguía, contra la cual luchaba inútilmente.

Quería acudir á la cita.

¿Para qué? No ciertamente para corresponder al amor sultanesco del bizarro mancebo, sino antes al contrario para echarle en cara su proceder inicuo, para ordenarle con la altivez de una reina ultrajada que terminase la odiosa persecución de que con sus diarias cartas la hacía objeto.

(Continuará)

#### EXPERIMENTO DEL PROPULSOR DE REACCIÓN

DE M.M. J. BUISSON Y A. CIURCU

*Catástrofe del 16 de diciembre de 1886*

El 16 de diciembre de 1886 ponía en conmoción un espantoso accidente al pueblo de Asnieres y sus alrededores. La máquina motriz de una ballenera estalló en las aguas del Sena poco más arriba del puente de Clichy. A la explosión hízose pedazos la frágil embarcación, lanzando al aire á las tres personas que iban á bordo. Dos de ellas murieron en el acto, y la tercera, aunque herida y gravemente abrasada de cara y manos, pudo ganar la orilla á nado.

Con ocasión de los debates que originaron luego un proceso, hubo de hacerse alguna luz acerca del asunto. El público supo por las actas de estos debates que el

aparato que había estallado era obra de un invento imaginado por M.M. Justo Buisson y Alejandro Ciurcu, cuyo objeto era un nuevo medio de locomoción. Añadióse que la base del invento era el principio de retroceso que se produce en las armas de fuego. Pero de esto á conocer los pormenores del invento había mucha distancia.

Por esto, dice un ilustre articulista del periódico francés *La Nature*, nos abstuvimos de hablar del asunto hasta poder hacerlo con perfecto conocimiento de causa. Creímos que el mejor medio para esto era dirigirnos al mismo Alejandro Ciurcu, uno de los inventores del sistema, y pedirle los datos que pudiera suministrar, sin inconveniente ni perjuicio para su invención.

Pero después de la causa que se le formó y de que fué absuelto libremente con aplauso de cuantos le conocen, Alejandro Ciurcu salió temporalmente de Francia para volver á la Rumanía, su país natal.

De vuelta de su viaje á Bucharest, Alejandro Ciurcu continuó sus experimentos en Asnieres con el mismo anhelo, y á virtud de nuestra solicitud, añade el citado articulista, nos envió una relación completa, de la cual extractamos los pasajes más interesantes.

Nuestro propulsor está basado en el principio de reacción, dice en su memoria Alejandro Ciurcu. Mi malogrado amigo Justo Buisson fué el primero á quien ocurrió la idea de utilizar este principio para la propulsión, y yo le ayudé á poner en práctica su idea.

Se ha dicho que utilizábamos el principio de retroceso que se produce á la explosión de las armas de fuego. Es verdad; pero se podría también dar como ejemplo el *colpilo*, inventado por Herón de Alejandría, y para tener otro ejemplo más inmediato aún, no hay más que referirse al co-

hete volante. El principio, antiguo como el mundo, es siempre y en todas partes el mismo; la aplicación y los medios son nuevos. Cuando M. Manouard, director de la división de las pólvoras y salitres en el ministerio de la Guerra, habló por la primera vez de nuestra invención al ministro dándole cuenta del experimento á que había asistido, y cuyo éxito por consiguiente presencié, le hizo esta ó parecida descripción, que resume bastante bien el principio:

«Imaginaos un gran cohete, fijo horizontalmente en la traseira de un vehículo, de un barco ó de la navecilla de un globo, de manera que los gases producidos por la combustión lenta de la pólvora puedan escaparse libremente al aire por detrás. Suponed, además, que el cohete esté encerrado en un cañón. Una vez encendido el cohete, los gases se escaparán violentamente por la boca del cañón, produciendo en su interior una reacción que tenderá á impulsar el cañón hacia atrás en dirección diametralmente opuesta á la proyección del gas.

»Como el cañón está fijo, por ejemplo, á un barco, el movimiento retrógrado se transmitirá al barco, el cual avanzará por la sola fuerza de la reacción de los gases. Ningún punto de apoyo se ha tomado en el agua, no teniendo el barco hélice, ruedas ni remos; sólo en lugar de cañón tenían los inventores en su barco una especie de recipiente de forma cilíndrica en que ardía una composición que habían inventado ellos y cuyas propiedades son establecer en vaso cerrado y producir una gran cantidad de gas sin dejar residuos sólidos.

»Este recipiente tiene por detrás un orificio destinado al escape de los gases, que deben producir la reacción, y la sección de este orificio puede variarse á voluntad por medio de un *papillon*, que se maneja fácilmente. Como el manómetro que hay en el recipiente indica la presión interior, se puede aumentar ó disminuir esta presión abriendo más ó menos el *papillon* y dejando por consiguiente á los gases una salida mayor ó menor. Escapándose violentamente los gases, producen un gran ruido y el barco avanza en sentido opuesto á su proyección de una manera regular y continua. Es un cohete que vuela y arrastra consigo el objeto en que reposa. Sus inventores remontaban así la corriente del Sena con su barco por espacio de doce ó quince minutos, es decir, hasta que se consumió el combustible encerrado en el recipiente.»

Si he hecho intervenir aquí á M. Manouard es porque su competencia en la materia es indudable y por haber presenciado un experimento cuyo éxito no puede ser más satisfactorio.

En virtud de lo que precede se ha podido comprender